

El periplo criminal de Bonnie y Clyde es farragoso y complejo y se alarga más de dos años en el tiempo, desde principios de 1932 hasta mayo de 1934, cuando murieron abatidos a tiros por seis policías en una emboscada. Ellos fueron los dos exponentes clave de una banda heterogénea que fue sumando y perdien-

do miembros (Buck y Blanche Barrow, Frank Clause, W.D. Jones, Henry Methvin, entre otros) a lo largo de todos aquellos meses de atracos, secuestros y disparos a sangre fría. La historia empezó a complicarse de veras durante septiembre de 1932. Hasta entonces, los delitos que se les achacaban (incluidos los dos asesinatos que Clyde ya había cometido) no estaban considerados como crímenes federales. La pareja actuaba siempre en los límites entre estados, en zonas fronterizas que traspasaban en los Ford V-8 que robaban habitualmente. De ese modo, los delitos cometidos en estados que ya habían abandonado no eran imputables en los nuevos estados donde cometían nuevas fechorías. La U.S. Government Agency, lo que más tarde se convertiría en el FBI, les acusó por primera vez de un delito federal el 20 de mayo de 1933: haber transportado un coche robado de Illinois a Oklahoma. Desde ese momento, sus cabezas tuvieron un precio.

Bonnie y Clyde no fueron los bandidos más jóvenes ni la única pareja de enamorados que operaron en Estados Unidos durante la época de la Gran Depresión. Los más precoces fueron Francis «Two Gun» Crowley, que tenía dieciséis años en el momento de sentarse en la silla eléctrica, y su novia, de la misma edad. También John Paul y Vivian Chase –miembros de la banda de Dillinger– estaban casados cuando llevaron a cabo la mayor parte de sus fechorías. Y también lo estaban Bennie y Stella Dickson, que robaron más en un solo golpe (50.000 dólares) que lo que Bonnie y Clyde recaudaron a lo largo de toda su carrera delictiva. Stella

«Sure Shot» Dickson se ganó su apodo agujereando los neumáticos de un coche de policía durante una persecución. Entró en prisión como asaltante de bancos a los dieciséis años y salió a los veintiséis. Tampoco fueron, ni mucho menos, los ladrones más esmerados ni los delincuentes más experimentados. Por todos estos motivos, es necesario achacar las razones de su fama y de la expectación y admiración que despertaron durante los dos años que duró su escapada a factores distintos a los de su juventud o habilidad.

Bonnie y Clyde pertenecieron a la primera generación de ladrones que creció con el cine, y se conducían más que como otros delincuentes reales, siguiendo el modelo de figuras mediáticas que alentaban la prensa sensacionalista y el cinematógrafo a la hora de referirse a muchos criminales de la época. No eran ladrones ejemplares, jamás robaron un gran banco ni lograron amasar una gran fortuna en una época en la que Al Capone ganaba millones al año, pero eran, sin embargo, muy fotogénicos. Blanche Barrow, la mujer de Buck, el hermano mayor de Clyde, y miembro de la banda de los Barrow durante unos meses, era una gran aficionada a la fotografía y casi siempre llevaba una cámara consigo. En una redada en Joplin (Missouri), tras la que tuvieron que salir a todo correr de su escondite en un apartamento, olvidaron una de esas cámaras. Muchas de las fotografías que reproducimos en esta edición pertenecen a ese carrito de filme que la policía hizo público por primera vez en el *Joplin Globe* en marzo de 1933, poco después de requisarlo. En ellas, es posible ver a Bonnie y Clyde posan-

## Prólogo

do con sus armas ante su Ford V-8 B-400 sedan de dos puertas. Vestidos a la moda, jóvenes, atractivos y desenfadados, constituyen el epítome de la elegancia natural, sureña y popular. Muchachos libres y valientes que no se doblegaban a ningún tipo de autoridad en una época marcada por los más grises rigores, sus vidas de *outlaws* con pinta de chicos recién salidos de la escuela conquistaron a más de un lector de aquellos periódicos sensacionalistas en los que se publicaban sus instantáneas.

Un factor decisivo que propició el salto de Bonnie y Clyde a la fama durante aquellos años tuvo que ver con la publicación en la prensa de uno de los poemas de Bonnie que incluimos en esta edición: «The Story of Suicide Sal». Bonnie escribió este poema durante su estancia en la prisión de Kaufman, una localidad rural situada a las afueras de Dallas, a finales de marzo de 1932. Depuró la versión inicial, retocándolo y corrigiéndolo durante varios meses, hasta que en una de sus fugas la policía lo encontró y fue publicado en diversos periódicos a lo largo y ancho del país. A la imagen de juventud y energía que derrochaban Bonnie y Clyde en sus fotografías había que sumarle ahora ese añadido romanticismo que se desprendía del hecho de que Bonnie escribiese poesía. La imagen de los dos era bellamente primaria, sincera y entusiasta, como el estilo de Bonnie a la hora de escribir.

Bonnie y Clyde encarnaban la continuación de un bandolerismo propio del siglo XIX, representado por héroes del Sur como Jesse y Frank James, símbolos de

la resistencia contra los empresarios de ferrocarriles –estandarte del capitalismo moderno desde que acabó la guerra civil– y compartían al mismo tiempo los mitos de la comunicación de masas del siglo XX. Emulaban la forma de hablar de los protagonistas de los seriales de radio, leían novelas *pulp*, iban al cine... Vivieron en un momento en el que la América urbana e industrializada del New Deal intentaba erigirse en un estado moderno sobre las ruinas de aquella otra América. Bonnie y Clyde pertenecieron a un amplio espectro de ladronzuelos que nacieron en estados agrarios y que no crearon jamás estructuras parecidas a las del crimen organizado en las ciudades. La mafia ya llevaba operando en Estados Unidos setenta años; sin embargo, este tipo de jóvenes criminales pertenecientes al mundo rural son fruto de la Gran Depresión. El crack del 29, con la subsecuente crisis económica que desencadenó, vino acompañado, en la América rural, de una crisis ecológica causada por una serie de cultivos rotativos. En muchos estados del medio oeste, la falta de lluvia y la destrucción del suelo provocaron grandes movimientos migratorios internos. Diez millones de americanos estaban desempleados y alrededor de treinta millones vivían sin ningún tipo de ingreso. En medio de este panorama de tristeza, carestía y desesperanza, Bonnie y Clyde fueron considerados por muchos como héroes modernos pero todavía románticos que robaban al rico en una época en la que los bancos gozaban de muy mala fama entre las familias de humildes granjeros que habían visto sus propiedades desvanecerse en

inmisericordes operaciones de expolio mientras duró el Dust Bowl.

En estos años de transición, también las fuerzas de la ley sufrieron muchos cambios. Bonnie y Clyde se enfrentaron a dos tipos distintos de policía: una moderna, el FBI –escuchas telefónicas, huellas dactilares, fotografías, agentes entrenados especialmente...–, y otra premoderna, los Texas Rangers, que incluso en los años veinte ya era una policía con fama de anticuada. En este sentido, encarnaron el paradigma del criminal del siglo XX perseguido por una policía del siglo XIX, símbolo de la América descentralizada y rural anterior al New Deal.

En una época bisagra entre el lejano Oeste y la era del automóvil la figura del Texas Ranger Frank Hamer cobra una fuerza casi proverbial. Fue a Hamer, uno de los cazarrecompensas más famosos y efectivos de aquellos años, a quien se le encomendó la misión de capturar a Bonnie y Clyde vivos o muertos. La banda no se encontraba en su momento de mayor popularidad: el domingo de Pascua de 1934 habían matado a dos jóvenes policías de tráfico que patrullaban en una autopista de Texas. La cosa empeoró cuando sólo cinco días después acabaron con la vida de un policía de sesenta años en Oklahoma. Hasta entonces, Bonnie y Clyde habían despertado la simpatía de gran parte de la opinión pública. Estos tres asesinatos, tan seguidos en el tiempo y que podrían haberse evitado, empezaron a despertar muchas suspicacias entre la gente. Era el momento perfecto para acabar con Bonnie y Clyde, y así ocurrió.